



\_ 1

El señor de Laurent, cómodamente sentado en la descalzadora del vestidor, observaba a su hija deambular de un lado a otro, tropezándose con las doncellas que entraban y salían cargadas de ropa, zapatos, sombreros, guantes, joyas y bolsos.

—¿Tendrás suficiente con cinco baúles?

—Son maletas, papá, las más modernas del mercado. Deberías saber cómo se llaman, tú mismo me las regalaste.

—En mis tiempos eran baúles y no pienso llamarlos de otro modo. Qué ganas tenéis los jóvenes de complicaros la vida con modernidades —golpeó el suelo con el bastón mientras hablaba, remarcando las palabras que consideraba importantes—. En nuestro

9



viaje de bodas, tu madre llevaba tanto equipaje que tuvimos que alquilar un landó sólo para transportarlo –recordó con nostalgia–. Si necesitas comprar algo allí, no tienes más que telegrafiar –añadió.

–No te apures: llevo diez vestidos de paseo, otros tantos de tarde y alguno más de noche, con sus zapatos, guantes y sombreros a juego, además del joyero entero de mamá –enumeró–. Si me quedo corta puedo pedir algo prestado, la casa estará llena de invitadas, además de las debutantes y sus acompañantes.

–Lo que no entiendo es por qué tienes que irte a Londres justo cuando la prometida de tu hermano está a punto de llegar –bufó.

–Ni yo por qué Jean no se casa en primavera como todo el mundo en vez de en agosto, así no tendría que estar discutiendo contigo acerca de mi vida social –respondió ella, atravesando la estancia con un montón de ropa blanca en los brazos–. Me había comprometido a asistir, como siempre, al final de la temporada, y no me parece educado declinar ahora la invitación, sólo porque la futura familia política de mi hermano pequeño regre-

se de Madrid en pleno verano como si fueran obreros de una fábrica en vez de diplomáticos.

Una bata de seda color marfil se escurrió de la montaña de lencería. Yvette cazó la prenda al vuelo, la dobló primorosamente y la unió a las demás. Su padre volvió a la carga.

–La culpa es mía, por permitirte tener amigas extranjeras y excéntricas –continuó protestando.

–Pero ¿te estás escuchando, papá? ¿Qué tiene Claire Lefebvre de excéntrica?

–¡Su madre es inglesa!

–¡Papá!

–¡Y su padre del Nord! –vociferó, golpeando el suelo con el bastón.

Ahí Yvette ya sabía que estaba bromeando y no podía parar de reír. Se arrodilló junto a él y apoyó la mejilla en su mano.

–Querido papá, qué paciencia tienes conmigo. A mi edad no debería estar ya en esta casa, sino en la de mi marido –musitó, con un eco de lástima por sí misma en la voz.

–Mira, con un poco de suerte, igual encuentras a un muchacho que te resulte agradable en esas fiestas a las que vas a asistir...



A alguno que no te hayan presentado ya en los últimos ocho años —dijo, al tiempo que le retiraba un mechón de pelo rubio del rostro. Los dos se miraron sonriendo.

—Lo difícil será encontrar alguno al que no haya insultado en temporadas anteriores —reconoció Yvette, sin sentir ni una pizca de culpabilidad.

—Sabes que me conformo con que te diviertas, tesoro. Y más ahora que va a haber una nueva *madame* de Laurent.

—Eso será si llego a tiempo para la boda. Jean no se casará sin que yo esté presente.

—Yvette, como te retrases te advierto de que a mis años aún soy capaz de ir a buscarte a Londres y traerte a rastras —amenazó.

La joven, divertida, le dio un beso en la frente, se levantó de un salto y corrió detrás de las doncellas. Pero no pudo evitar sentir que se le rompía un poquito el corazón al recordar que, en unos meses, ya no sería más la señora del castillo, y que su nueva cuñada ocuparía el puesto que ella desempeñaba desde el fallecimiento de su madre.

Yvette de Laurent atravesaba las Landas en el vagón privado de la familia, observando el paisaje por la ventanilla del tren. Los viñedos tan amados, la tierra de negras entrañas y el bosque impenetrable que habían forjado la fortuna y el carácter de los suyos durante generaciones. El traqueteo le alejaba poco a poco de Les Mines, el pueblo que prácticamente le pertenecía en su totalidad, con su mina de lignito, el aserradero, la resinera, las bodegas y las granjas; de Mont-de-Marsan, donde su padre había ejercido como letrado hasta el cambio de siglo; y de Dax, la ciudad balnearia en la que recordaba haber pasado todos los otoños de su infancia. La irrupción de la doncella la sacó de sus pensamientos bruscamente.



—En el vagón restaurante apenas quedaban unos sándwiches de pollo, *madame*. Esos brutos han arrasado con todo —gruñó con desprecio.

—Está bien así, Manon, no te preocupes. Al llegar a Burdeos cambiaremos de tren y la comida hasta París será mucho mejor, como siempre. Todos los años protestas exactamente a la misma altura del viaje...

—No me gustan nada estos trenecillos de tercera que se llenan de jornaleros en cuanto empieza el buen tiempo. Y el que va de París a Calais no es mucho mejor, Dios nos asista.

La mujer se arrellanó en el asiento tapizado de damasco granate frente a su señora. Llevaba toda su vida en casa de los Laurent. Cuando, siendo una adolescente, le dijeron que iría a servir en un castillo, se había imaginado uno como el de su Pau natal, que erguía en el corazón de la ciudad sus altas torres de piedra blanca y los tejados de pizarra, la escalera monumental adornada con las iniciales entrelazadas de los reyes de Navarra, el balcón sobre los Pirineos, los fastuosos jardines... Pero, cuando llegó a Les Mines, descubrió que le esperaba un pueblo mísero

habitado por jornaleros, leñadores y mineros, y una casa grande, muy grande, ciertamente, rodeada de viñedos hasta donde alcanzaba la vista de la pequeña sirvienta. Sin embargo, no había allí nada del esplendor real de Pau, tan sólo un hombre demasiado mayor para permanecer soltero, que pasaba las semanas trabajando en Mont-de-Marsan, un hogar vacío y demasiados criados ociosos. La diminuta Manon, tan bajita entonces como ahora pero mucho más flaca, se pegó como una sombra a la vetusta ama de llaves, que la obligaba a comer tantas veces al día como era capaz, con el propósito de que la muchacha sacara la ruina de sí, y le enseñaba a ser la doncella más sigilosa y eficiente que hubieran visto nunca en el castillo, por si alguna vez una señora de Laurent gobernaba aquella casa. Por desgracia, el destino le llevaría a conocer dos señoras en muy poco tiempo, y a una de ellas tendría que criarla como a su propia hija.

Suspiró con nostalgia y sacó de una cesta de mimbre un mantel de pequeños cuadros blancos y rojos, perfectamente almidonado. Lo extendió sobre la mesa de taracea argelina



que ocupaba el centro de la lujosa estancia y dispuso los bocadillos junto a algunas piezas de queso, pan y fruta. Era la hora del té, costumbre que su señora había adoptado durante sus estudios en el internado y de la que no había logrado desprenderse. A Manon, por mucho que el té no dejara de parecerle agua caliente y sucia, le complacía aquella especie de merienda, que en ocasiones demoraban en una charla amigable hasta la hora en que ayudaba a *madame* a vestirse para la cena. Con el objeto de engañar el sabor, le añadía mucho limón para ella y unas gotas de leche fría para Yvette, que lo tomaba templado. Afortunadamente, el vagón privado disponía de un pequeño hornillo en el que hervir el agua para la infusión. Bajo ningún concepto se le hubiera ocurrido a la doncella utilizarlo para otros menesteres, pues no entraba entre sus funciones la de ejercer de cocinera, Dios nos asista.

Desde que lo inauguraran en 1910, Yvette se alojaba invariablemente en el Hotel Lutetia siempre que pasaba unos días en París. Le complacía el lujo de sus estancias casi tanto como la exclusividad de los almacenes Le Bon Marché, situados muy cerca, donde a lo largo de los años había adquirido los guantes más delicados y los mejores encajes de Alençon, que atesoraba en lo que en algún momento debería haber sido su ajuar. Cuando cumplió los veinticinco, abrió el baúl en el que los guardaba, volcó su contenido sobre la alfombra, y comenzó a usarlo todo, día tras día, hasta que no quedó una pieza sin estrenar. Entonces se había prometido que, cada año al inicio del viaje con Claire para asistir